

Capítulo I

Tu verdadera vida comenzó cuando apenas tenías una docena de años y tu familia decidió largarse a Nueva España para no morir de hambre: las pocas y secas tierras que tenían en Almería nunca florecieron lo suficiente para que ustedes se llenaran las tripas. Como casi todos los que anhelaban convertirse en indios, tú y los tuyos se embarcaron en Sevilla después de demostrar que por sus venas no corría una sola gota de sangre judía o moruna: al Nuevo Mundo no podían ir los asesinos de Cristo ni los que secretamente adoraban a Alá y leían las palabras de su profeta. Los españoles a medias no tenían cabida en las naves, ellos sólo podían tener por destino la hoguera, los calabozos o el destierro.

Ustedes, después de que remataron sus pertenencias para llenar una pequeñísima bolsa con monedas plateadas y doradas que mostraban el rostro de Su Majestad, recorrieron el Guadalquivir en un lanchón de mala muerte y se treparon a la nave en Sevilla. Aunque tu padre regateó

y pataleó para que le redujeran el costo de los pasajes alegando que dormirías en la cubierta, ni siquiera consiguió ahorrarse un real. Y tú, como ya era costumbre, terminaste pagando los platos rotos: no habías terminado de decirle que allá, en las Indias, recogerían el oro con palas y que con las barras de plata construirían los pasillos de su casa, cuando él te dio un par de bofetones para exigirte silencio. “Siempre me has costado demasiado; por haberte engendrado tuve que casarme con tu madre y por eso nunca pude ser lo que merecía”, te dijo antes de darte la espalda y tomar camino hacia el otro lado del barco.

Esa vez no lloraste ni padeciste los hipos que ahogaban tus lágrimas. Te aguantaste, aunque a estas alturas no sabes si lo hiciste para evitar más golpes o largarte a la proa sin ser molestado por tu familia. Ahí estabas, parado en el frente de la nao, bajo tus pies estaba el mascarón, la figura de la mujer mitológica que perdió el color por las incesantes salpicaduras de agua de mar. El aire casi salado te limpió las narices de la suciedad del puerto. Acuérdate, Sevilla apestaba: el contenido de los bacines —junto con la sangre y las tripas de los animales que se mataban en los rastros— fluía como cascada hacia el Guadalquivir, donde ya flotaban los cuerpos de los gatos, los perros y las ratas que recién habían muerto por los palos o las enfermedades que a nadie le importaban. Valía más no saber la causa de su muerte, pues ella se apoderaría de los curiosos que hurgaban los cadáveres hinchados y peludos.

La ciudad, atestada por quienes sólo deseaban cruzar la mar oceana para llenarse de riquezas, también estaba llena de miasmas terribles: en los cementerios, los miserables sólo podían ser enterrados en hoyos comunes que permanecían abiertos hasta que se llenaban con los cuerpos de quienes nunca llegarían a las Indias; en las calles, los pordioseros exigían monedas mientras mostraban a los niños que alquilaban o robaban para conmover el corazón de los andantes. Sus deformidades, cuidadosamente provocadas por los pedigüenos, eran una buena razón para pagar por no verlos, para que nunca te alejaras de tu familia: tú sabías bien que si te separabas de la falda de tu madre o de las calzas de tu padre podías caer en manos de mendigos que te dejarían ciego, baldado o mudo para que te arrastraras y rogaras hasta conseguir las monedas que ellos necesitaban para seguir siendo lo que eran. Sevilla era un lugar peligroso.

El agua también era mala: un solo vaso tomado del Guadalquivir mataría a cualquiera; la única manera de no entregar el alma era beber vino o cerveza. Todos —salvo los pobres entre los pobres o los ricos que tenían pozos— vivían una leve borrachera que nunca terminaba. “La gula es mejor que la muerte”, te dijo tu padre mientras te acercaba un vaso donde flotaba una melena que anunciaba su pronta transformación en vinagre. Lo bebiste sin chistar: valía más que tomaras eso a que tu vida se terminara por una diarrea incontrolable o por las lombrices que te

devorarían los dentros. Siempre estabas achispado, y tu padre pasó aquellos días casi contento por tener una buena excusa para levantar el codo sin que nadie protestara.



Ustedes partieron con buen viento; la brusquedad de las labores de la marinería te mantuvo en la proa: frente a tus ojos, las aguas se cortaban, la ciudad se alejaba con lentitud y la fortuna, según tu padre, se aproximaba con parsimonia. Llegaron al límite de Sevilla y descubrieron la advertencia para quienes partían: cinco jaulas con cinco cuerpos cubiertos de brea. Los muertos miraban a los marineros y los futuros indianos con las cuencas vacías para mostrarles lo que podía ocurrirles si se amotinaban o si optaban por el camino de los perros del mar, los piratas y los bucaneros que armados hasta los dientes recorrían las claras aguas del Caribe.

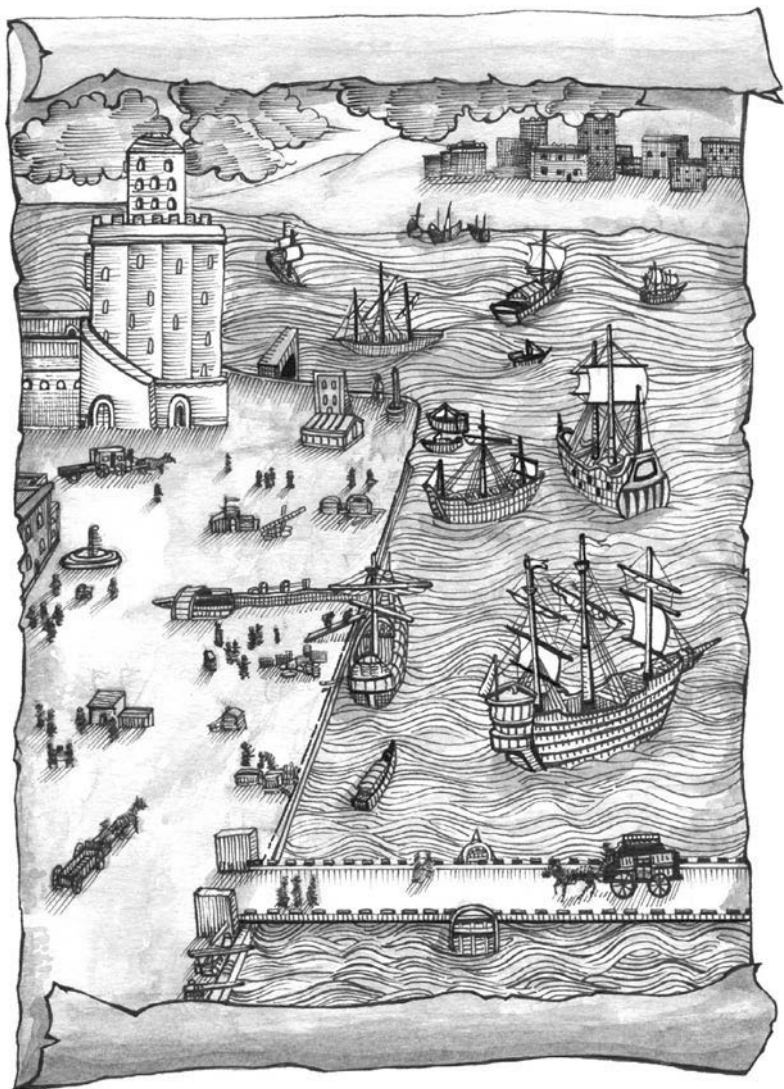
Mirabas a los muertos sin ojos, observabas los cuervos bien cebados que se los comieron. Tuviste ganas de hablarle a tu padre, de decirle que tenías miedo, pero no lo hiciste, aunque él ya había olvidado su fracaso y estaba contento por la fortuna que los esperaba del otro lado del mar. Tú sabías que era un borrachín irascible, alguien que te golpearía por quitarme estas pajas, por nunca ser lo suficientemente hombrecito, por mostrarle que él nunca podría ser lo que había soñado: un hombre rico, alguien

que a fuerza de reales terminaría por comprarse un título de nobleza para ocultar su baja. Claro, al finalizar la golpiza, él te diría que cada fuetazo había sido por tu bien. Sabías que lo mejor era quedarte callado y rogar para que en la noche los muertos ciegos no se aparecieran en tus sueños.



La carrera hacia las Indias ya les había cobrado su precio a muchos barcos y la *Santa Coleta* no era la excepción: las termitas y la carcoma se festinaban con la madera, los cascos estaban cubiertos de algas y lapas, los teredos provocaban filtraciones y las quillas ya anunciaban su podredumbre a causa de la humedad. Ustedes, como la mayoría de los muertos de hambre que abandonaban la Vieja España, bogaban en naves envejecidas e incapaces de enfrentar las grandes tormentas. A pesar de esto, durante varias semanas la suerte casi les sonrió.

El viaje era lento: la calma chicha del viento los detenía por días enteros en el desierto de agua y ustedes sólo podían desesperarse por la lejanía de la costa. Por más que revisaban el horizonte, el fuerte de San Juan de Ulúa nunca se miraba en el poniente; lo único que podían ver eran las siluetas de la almiranta, la capitana y la encañonada gobernadora que navegaban cerca de su nao para protegerlos de cualquier ataque.



Pese al viaje casi tranquilo, los días eran terribles y la marinería era un manantial de horrores. Todavía puedes recordarlos: casi todos habían perdido muchos dientes, los que aún les quedaban estaban podridos y sólo por milagro se mantenían tembleques en sus encías manchadas de negro. Sus palabras espantaban al que se esconde en los abismos y sus modos aterrorizaban a los pasajeros que no podían darse el lujo de regalarles un puñado de monedas: el ron, los dados y las injusticias del contraмаestre siempre sacaban lo peor de ellos.

Ahí, en la *Santa Coleta*, aprendiste la desgracia de ser marinero: las tripulaciones siempre iban sobradas para compensar los muertos del trayecto. Los males del cuerpo, las desgracias que nunca faltaban y las tormentas que siempre los sorprendían, inexorablemente reclamaban su cuota de vidas antes de atracar en el puerto. Pero lo peor eran los capitanes y los contraмаestres: ellos robaban el sueldo de la tripulación y los castigaban por la mínima falta que cometieran: azotes por un remo perdido, una paliza por no sujetar el timón con fuerza, golpes por un nudo mal hecho.

En alguna ocasión, Robert Barret te contó que los capitanes ingleses eran mucho peores que los españoles: en uno de sus viajes él vio cómo el capitán apaleaba a un grumete hasta sacarle sangre del cuerpo y después lo bañaba con agua de mar y vinagre. No contento con este castigo, lo colgó de pies y manos durante nueve días y nueve

noches. Cuando lo soltó, decidió arrastrarlo por cubierta y caminar sobre su cuerpo en varias ocasiones, y después le ordenó a la tripulación que hiciera lo mismo: los marineros se negaron y él saltó sobre su vientre hasta sacarle los excrementos. El grumete estaba a punto de entregar su alma. Sólo pedía agua. El capitán orinó en un vaso y lo obligó a beber. La muerte, por fortuna, lo alcanzó esa noche.

Tú tratabas de no verlos, querías alejarte de sus personas, pero eso no era posible: la pequeñez de la embarcación te obligaba a la cercanía, y únicamente encontrabas protección en las faldas de tu madre, la mujer que fingía enfermedades para chantajearte. Ella, con tal de llamar la atención, se mesaba los cabellos, gritaba que se le hinchaba la lengua y aullaba para exigir que le miraran las inexistentes bubas que según ella le brotaban en el rostro.

Las noches no eran mejores: las ratas salían a comer y su valor no tenía más límite que su muerte; quizá por esto, tu padre sólo podía dormirse después de que colocaba un garrote junto a su cuerpo. Gracias al palo nudoso, él se sentía seguro y roncaba, mientras que tú escuchabas los pasos de las ratas macho, sus chillidos y sus peleas por ganar a la hembra que luego pariría las negras bestias que nunca conocerían la tierra. Refugiarse donde dormía la marinera tampoco era una buena opción: las filas repletas de hamacas, el hedor de las aguas de la sentina y los cuerpos

sin lavar, la posibilidad del tifo, de las fiebres cuartanas y la peste eran espléndidas razones para que te durmieras en un rincón de la cubierta.



No tardaste mucho tiempo en descubrirlo: tenía tu misma edad y su familia era distinta de la tuya. Sus padres lo acariciaban y más de una vez le dieron un beso frente a todos. Durante dos o tres días lo miraste y te miró. Al fin, la estrechez de la embarcación los obligó a encontrarse. Rafael sí era valiente: exploraba la nave, se enfrentaba a las ratas y amenazaba a la marinería con desenfundar el estoque de su padre. Él no tuvo que esforzarse con gran ahínco para convencerte de que lo acompañaras, para que jugaras a los piratas y descubrieras los secretos de los dados: en su bolsa los traía y cada vez que los lanzaba los animaba para que sumaran el número que deseaba.

—¿Y tú, qué vas a ser cuando llegues a las Indias? —te preguntó una tarde después de vencerte en los dados.

— Campesino —le contestaste con desgano—. ¿Qué otra cosa puedo ser?, mi padre está seguro de que nosotros encontraremos tierras y nos llenaremos las bolsas con monedas más brillantes que el trigo.

—Yo no —dijo Rafael con seriedad—, yo voy a conquistar tierras lejanas, voy a adueñarme de ciudades de oro y seré un noble frente al que todos se inclinarán.

Las ansias de nobleza de Rafael eran muy distintas de las de tu padre: él quería conquistar y tu papá sólo deseaba seguir emborrachándose; la nobleza de la guerra era diferente de la que se podía conseguir en las tabernas.



Esa noche, mientras hacías todo lo posible por dormirte, pensabas en el destino de Rafael: su vida sí tendría aventuras y la tuya sería tan gris como lo fue en Almería. Te levantaste y fuiste al lugar donde dormía. Con cuidado lo despertaste. Nadie debía darse cuenta de tu presencia. Él te miró con los ojos legañosos.

—¿Qué quieres?

—Nada, bueno, sí quiero algo.

—¿Qué?

— Cuando lleguemos ¿me dejas acompañarte a la conquista? Quiero ir contigo, no me importa ser tu sirviente.

—No —te dijo—, tú serás uno de mis capitanes.



Después de la enésima calma chicha, la suerte dejó de fijarse en ustedes: esa noche de negra suerte, la furia del mar se desencadenó y los alejó del convoy. La *Santa Coleta* crujía, el agua entraba y las velas que los debían llevar a la costa terminaron rasgándose. El cáñamo casi podrido

nada pudo contra el viento desbocado. La marinería, embrutecida por el ron y mal mandada por el contramaestre, no fue capaz de izarlas a tiempo. Tu destino quedó sellado para siempre: luego de dos días y dos noches de lluvias, vientos y olas más altas que la nave, se quedaron atrapados a mitad de la nada.

Los daños fueron cuantiosos: las aguas devoraron a dos marineros, los mástiles se fracturaron y un pasajero murió aplastado por un tonel mal amarrado. Ustedes se salvaron: tuvieron tiempo para refugiarse en la bodega, donde se estrellaron contra el casco mientras vaciaban sus tripas sin compostura. Al terminar la tormenta, tu ropa apestaba; el agrio miasma del vómito te acompañaría durante varias horas, hasta que Rafael vació sobre ti un par de cubetas de agua salada.

—Vale más que te arda el cuero a que apestes: un buen capitán nunca huele a comida recién masticada —te dijo mientras sonreía.